

ALICIA A TRAVÉS DE LA PANTALLA

**Fabián
Sevilla**





Alicia a través de la pantalla

© 2018, Raúl Fabian Sevilla

© 2018, Delia Iglesias

por las ilustraciones de portada e interiores

Diseño de cubierta: Guillermo Miguens/Diego Martin

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Colombiana, S.A., 2019

www.planetadelibros.com.co

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Primera edición impresa en Colombia: agosto de 2019

ISBN 13: 978-958-42-8126-5

ISBN 10: 958-42-8126-7

Impreso por xxxxxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor

Alicia a través de la pantalla

FABIÁN SEVILLA

Ilustraciones de **Delia Iglesias**

A demasiados kilómetros de tu destino

Dueño de esta región y de todas sus horas, el viento arremete indetenible desde el oeste; sus aullidos, empecinados en calar tus oídos.

Hasta hace tan poco faltaba un cachito para que tu vida fuera cero drama, te lamentás cuando el coche al que le hacías dedo ni siquiera baja la velocidad y sigue.

Sigue de largo hacia el mismo rumbo al que debés llegar, ahí donde te está esperando.

Tu lamento tiene un por qué. Antes viste aparecer ha-los amarillentos de las luces frontales de varios autos. Y a ninguno de los que conducían pareció importarle que en el hueco de esta noche una chica les hiciera dedo.

Ya el auto se pierde en la brutal oscuridad de la ruta. Vos hecha una estatua, sintiéndote cada vez más sola bajo el azul profundo del cielo.

Ese cielo contra el cual impactan los fulgores de las luces del sitio a donde querés ir. Estás a demasiados kilómetros como para caminarlos con un bolso a cuestas.

Casi cero drama tu vida y mirate ahora: temblando de frío, angustiada y nerviosa, te reprochás.

Sin embargo no estás dispuesta a asumir toda la culpa.

Si me hubieran ido con la verdad, yo no... Pero lo mismo hubiera aparecido. Como que es muy obvio que con o sin mentiras esto iba a pasar. No lo estaba buscando, pero me buscaba y me encontró. Yamila diría que era un mandato cósmico: tarde o temprano debíamos reencontrarnos.

Estás muy lejos, pero a la vez más cerca del momento que venís soñando desde hace años. Por eso, apurás el paso después de revisar la hora por nonagésima vez en la fosforescencia de tu reloj pulsera.

Zarpada en armonía estaba tu vida, pero todo se fue a la basura en un instante.

De pronto una duda:

¿O fueron varios instantes?

Decidís preguntarte algo descabellado que ayude a olvidar un poco la tortura del viento, la soledad de la ruta, las tenazas de la ansiedad, el peso por lo mucho que te falta para llegar:

¿Cuánto durará un instante?

Y tu primera respuesta:

Tal vez mucho.

Sí, porque un instante alcanza para que en tu mente se proyecte una película. Y mal editadas reaparecen tantas escenas vividas llenas de frases dichas o tipeadas, leídas o escuchadas.

Y al finalizar ese instante que te duró una eternidad,
el alma se te estremece.

Se estremece por lo sucedido; también por lo que está
por suceder...

UNO

El primer día de clases luego de las vacaciones de invierno se inició con el debut de Alicia frente a sus nuevos compañeros de escuela.

Zarpada en previsión yo, se vanaglorió cuando, después de obligarla a presentarse frente a unos veinte desconocidos de su misma edad, la profesora de Geografía casi le ladró:

—¿Qué sabe sobre Huelcho, alumna?

Hacía una semana que Alicia se había mudado con Mónica de la capital a esa villa de la costa atlántica patagónica; llegaron el viernes en que la chica cumplía catorce años. Y aunque Pablo les había contado todo sobre el lugar, antes de embalar la notebook y vigilada por su madre buscó más data en Internet.

Igualmente, con cuarenta pares de ojos calándola estimó que no debía contestarle de una a la profesora. Y simuló pensar antes de responder lo que se sabía de memoria.

—Sé que está en Escalante, como a treinta kilómetros al

sur de Comodoro Rivadavia... —Alicia agradecía a Wikipedia, ¡qué mal hubiera quedado si respondía «cero idea»!— *Huelcho* significa «barranca alta» en tehuelche. Le pusieron así por los acantilados que hay sobre las playas. ¿O me equivoco?

—No se equivoca —fue tajante la mujer—. Sabe más que todos estos bestias que nacieron aquí —y señaló al resto de los chicos.

¡Te la echaste, estúpida!, Alicia tuvo ganas de volver a empezar. Su previsión por brillar en el debut hacía que una profesora llamara «bestias» a diez chicas y once chicos, y sin quererlo ella se autocoronaba *nerd* absoluta del curso.

Se equivocaba.

Sus compañeros estaban acostumbrados a que la profesora de Geografía los tratara de «bestias», además en esa escuela todavía no se usaba «nerderizar» a otros.

Y Alicia lo confirmó en el primer recreo, cuando todas las chicas del curso la rodearon para acribillarla a preguntas.

—¿Tenés novio?

—No...

—¿Cómo son los shoppings?

—Todos iguales...

—¿Extrañas la capital?

—No sé qué decirte...

—¿Ya te gusta algún pibe del curso?

—Dejame estudiarlos un poco...

—¿Tu vieja se llama... ?

—Mónica, le digo Mona cuando quiero...

- ¿Labura en... ?
- Acaba de hacerse cargo de la farmacia de la villa...
- ¿Tenés celu?
- No...
- ¿Compu?
- Una notebook, pero...
- ¿Está bueno vivir en el hotel de Pablo?
- Igual a haberse mudado a una mansión abandonada...
- ¿Eras de ir a bailar?
- Nunca y no porque me faltaban ganas...
- ¿Y tu viejo?

Como respuesta, un volanteo de Alicia hacia otros temas para que ahora hablaran las chicas. Y durante ese y los demás recreos se quedó escuchando los planes que tenían para el Festival de la Bienvenida de las Olas.

—Siempre cae en septiembre, este año va a ser el último viernes y sábado —le avisó Sabrina—. ¿Ya sabés cómo viene esa movida?

—Pablo nos contó muchas veces a mi vieja y a mí sobre el festival.

—Como que siempre es lo mismo —opinó Belén, que de entrada quiso mostrarse crítica y realista—. Igual está bueno, no tanto como el verano, pero alcanza.

Huelcho no sobrepasaba los quinientos habitantes. Pero la población se multiplicaba dos veces al año y la rutina de la villa se veía benéficamente afectada.

Primero en verano, cuando se llenaba de turistas y

los huelchenses habilitaban sus casas como pensiones ya que el único hotel era el Aluen de Pablo y no daba abasto. Otros transformaban sus hogares en restaurantes o bares que tendían sus mesas en lo que usualmente eran comedores familiares, jardines delanteros o patios que en algunos casos tenían como fondo la Patagonia.

Los que deseaban preservar la intimidad habían adaptado sus cocheras para convertirlas en locales. Ahí cobraban a los visitantes lo que se les ocurría por chucherías como ceniceros calados en piedras o remeras con leyendas del tipo «I love Huelcho». También ofrecían vasijas de barro o tejidos que recuperaban el arte tehuelche, encurtidos elaborados con carne de animales de la zona, alfajores rellenos con dulces caseros y todo lo comestible que podía enfrascarse para vender como «artesanal».

La otra alteración que redituaba a los de Huelcho sucedía en septiembre. Cuando llegaba la hora del atardecer de dos días, variables cada año según el calendario, la marea que bañaba sus costas retrocedía al extremo. Así, durante un par de noches se volvían kilométricamente anchas las angostas playas de la zona.

Y desde hacía varias décadas, cuando alguien había visto el negocio, durante esas jornadas se realizaba un festival que atraía multitudes. Las casas se volvían pensiones, restaurantes y bares; los garajes convertidos en negocios vendían a precios irracionales hasta agotar stock, y a cada paso se apostaban artistas a la gorra.

Aún así, el gran atractivo era gratis: el fenómeno que protagonizaba el mar y que le daba razón de ser al festival.

Pablo les había contado que durante las dos noches en que se producía la notable bajamar, los huelchenses y turistas podían caminar varios kilómetros sobre el lecho marino. Y en ese paseo, que duraba hasta que al amanecer el agua recuperaba lo que le pertenecía, la gente recogía caracolas o cualquier objeto enterrado en el barro.

Por eso a Alicia le causaron gracia los argumentos que Sabrina y Belén usaron para que se les prendiera esas noches.

—Además de ver a los chicos que vienen de afuera, vale la pena meterse a donde no está el mar —le insistió Sabrina—. Los más viejos de Huelcho dicen que una vez alguien encontró un anillo de diamantes. ¡Imaginate volver con un anillo así!

A tono con su estilo, Belén fue más realista.

—Cuenta mi abuela que un año el agua se alejó más que nunca. Y dejó al aire libre un ballenero inglés que se hundió por aquí hace no sé cuántos siglos. ¿Quién puede creerse una así?

—Si no encuentro un anillo, tal vez me vuelva al hotel con un barco —comentó Alicia.

Las tres se rieron.

Y comenzaron a largar alternativas de lo que iban a desenterrar en el próximo festival. Una competencia para definir cuál proponía la gansada más estrafalaria.

El final de ese primer día de clases encontró a Alicia junto a Belén y Sabrina en el *drugstore* de enfrente de la única plaza de Huelcho. Todavía competían por «la mejor gansada»; a la vez, le enseñaban cómo histeriquear a los chicos de la escuela que al finalizar el día de clases también hacían nido en ese lugar.

Y después de despedirse, mientras Alicia volvía al hotel sospechó que se arrepentiría.

Se arrepentiría de cómo había reaccionado al saber sobre la mudanza que, por lo pronto, ya le había traído dos amigas...